

## **NO TODOS LOS MUERTOS SON IGUALES: TRATAMIENTO MORTUORIO HETEROGÉNEO EN EL YACIMIENTO COGOTAS I DE CANTO BLANCO (SAHAGÚN/CALZADA DEL COTO, LEÓN)**

### **NOT ALL THE DEAD ARE EQUAL: HETEROGENEOUS MORTUARY TREATMENT IN THE COGOTAS I SITE OF CANTO BLANCO (SAHAGÚN/CALZADA DEL COTO, LEÓN)**

Ángel ESPARZA ARROYO

*GIR PrehUSAL. Universidad de Salamanca*

Javier VELASCO VÁZQUEZ

*Servicio de Patrimonio Histórico. Cabildo de Gran Canaria*

Germán DELIBES DE CASTRO

*Universidad de Valladolid*

#### **Resumen**

Aun siendo escasos los hallazgos de restos humanos en ‘campos de hoyos’ de Cogotas I, ya se conocían algunos casos de aparición de dos o más enterramientos en un mismo yacimiento. En este trabajo se presenta un nuevo hallazgo dual, producido en el yacimiento leonés de Canto Blanco, con la particularidad de que coexisten en sendos hoyos una inhumación primaria y un depósito secundario de unos pocos huesos de otro individuo que durante algún tiempo habría sido sometido a exposición, sufriendo la acción de animales carroñeros y de agentes medioambientales. La variabilidad de las prácticas mortuorias podría explicarse a la luz de la ideología que, basada en la oposición entre ‘buena’ y ‘mala muerte’, asoma en el ámbito de Cogotas I.

*Palabras clave:* Prácticas mortuorias, Bronce Medio/Tardío, Cogotas I, exposición, dataciones C<sup>14</sup>.

#### **Abstract**

Even though the scarcity of human remains in ‘pit sites’ of the Cogotas I archaeological culture, some cases of appearance of two or more burials in the same site were already known. This paper presents a new dual finding, produced in the Leonese site of Canto Blanco, with the peculiarity that coexists in two pits a primary burial and a secondary deposit of a few bones of another individual that for some time would have been subjected to exposure, suffering the action of scavengers and environmental agents. The variability of mortuary practices could be explained in the light of the ideology that, based on the opposition between ‘good’ and ‘bad Death’, appears in the Cogotas I world.

*Keywords:* Mortuary practices, Iberian Bronze Age, Cogotas I archaeological culture, exposure, radio-carbon dates.

## 1. INTRODUCCIÓN

Las investigaciones llevadas a cabo en los últimos años con el fin de caracterizar el grupo arqueológico de Cogotas I han propiciado avances notables en el conocimiento de aspectos tales como la cronología, las prácticas ganaderas, la metalurgia o la captación a larga distancia de ciertas materias primas críticas. El progreso no ha sido menor en lo que concierne al mundo de la muerte pero, pese al esfuerzo realizado, siguen existiendo lagunas importantes. Ello se debe, en buena medida, a la escasez de hallazgos, pero sobre todo a que el incremento de la cifra de enterramientos conocidos no ha hecho sino confirmar la heterogeneidad de lo observado –enterramientos primarios, individuales, dobles, múltiples; cada vez más restos secundarios aparentemente sin criterios de selección, depuestos en hoyos o en viejísimos túmulos...–, sin que apenas sea posible reconocer más denominador común que el predominio de los hoyos como contenedores funerarios y la ausencia de ajuar. Ciertamente, esa heterogeneidad podría interpretarse como el resultado de la inexistencia de una única norma funeraria –apelando al carácter politético de las culturas arqueológicas–, e incluso, en ocasiones, por la destrucción de las sepulturas originarias. Pero, evitando tan simplistas justificaciones, es necesario buscar una explicación que de sentido histórico a los comportamientos que subyacen a toda esta casuística. De ahí que, no hace mucho, a partir de ciertos detalles –perfil demográfico no natural del conjunto enterrado, porcentaje de enterramientos triples, etc.– que sugieren el carácter anómalo de todos los enterramientos (Esparza *et al.*, 2012a), se haya propuesto una hipótesis que permitiría explicar la mayor parte de los datos disponibles: exposición de cadáveres para el grueso de la población, y enterramiento en hoyo para las personas fallecidas de ‘mala muerte’ (*ídem*, 2012b). A ello se sumaría una circulación de restos humanos –previsiblemente procedentes de los contextos de exposición– que participan en acciones sociales difíciles de rastrear más allá del final de su ciclo al ser enterrados en hoyos, a veces acompañando depósitos primarios, en algunos casos como auténticas *reliquias* (Esparza *et al.*, 2018).

Pero si proponer la mencionada hipótesis es fácil, probarla no lo es tanto, sobre todo porque exige un estudio especializado de los huesos humanos en los que pudieran reconocerse indicios de exposición, especialmente mordeduras de carroñeros y deterioro por exposición subaérea. Y, además, a dicha dificultad se suman otras dos: por un lado, que no todos los registros esqueléticos mostrarían tales signos al ser múltiples las variables que interactúan en la forma e intensidad en la que se materializan (Madgwick y Mulville, 2012); y, por otro, que de ser cierta la hipótesis, la mayoría de los restos humanos expuestos habría desaparecido y solo una parte habrían sido recuperados para su uso en posibles ceremonias antes de ser definitivamente enterrados en los hoyos. En consecuencia, el número de casos en los que pueda reconocerse la exposición siempre será escaso.

Con todo, y en línea con lo declarado en otros trabajos (Velasco *et al.*, 2018), es innegable el interés de continuar ampliando el ‘cuerpo de evidencia’, lo que hacemos en esta ocasión con un hallazgo bastante insólito: en el yacimiento leonés de Canto Blanco, donde ya se conocía un enterramiento cogotense en hoyo (Martín Carbajo *et al.*, 2012), se han detectado, mientras se trabajaba en el laboratorio con los huesos de fauna, los restos de otro individuo humano. Ambos casos difieren claramente en su condición, no responden a los mismos gestos mortuorios, por lo que nos parece oportuno afrontar aquí su estudio conjunto.

## 2. EL YACIMIENTO DE CANTO BLANCO (SAHAGÚN/CALZADA DEL COTO, LEÓN)

En el valle del río Cea, en el sector leonés de la Tierra de Campos, se halla el yacimiento de Canto Blanco, dentro del término municipal de Sahagún, justo en el límite con el de Cal-

FIGURA 1  
LOCALIZACIÓN DE CANTO BLANCO EN EL LÍMITE DE SAHAGÚN CON CALZADA DEL COTO (MAPA TOPOGRÁFICO NACIONAL DE ESPAÑA, 1:25.000)



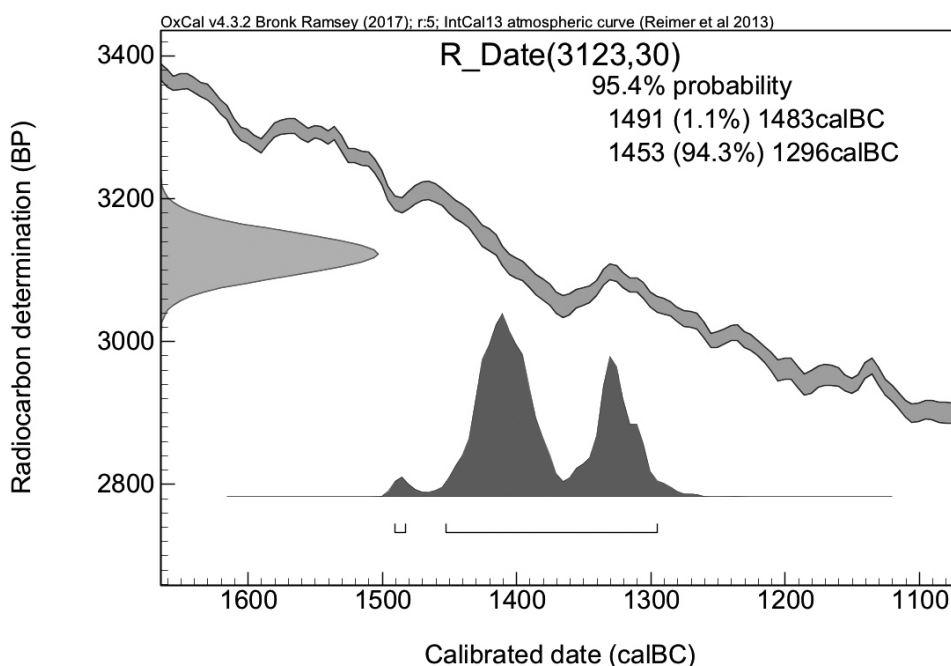
zada del Coto, siendo sus coordenadas X=330297,3441; Y=4691439,3888 referidas al Datum ETRS89 y Huso UTM30 (Fig. 1). El yacimiento, del tipo ‘campo de hoyos’, es un verdadero palimpsesto arqueológico por la superposición de ocupaciones de la Edad del Bronce, romana, tardoantigua y medieval. Una amplia zona del yacimiento fue excavada en el verano de 2009 con motivo del trazado de la vía del Tren de Alta Velocidad Palencia-León, dando lugar a la exhumación de varios centenares de estructuras subterráneas, 122 de las cuales, localizadas en un reducido espacio denominado sector N, presentan rellenos que remiten a Cogotas I, especialmente a la fase de plenitud (Strato, 2009; Martín Carabajo *et al.*, 2012).

### 3. LOS HOYOS DE LA EDAD DEL BRONCE CON RESTOS HUMANOS

#### 3.1. EL HOYO 79-N

En el transcurso de la excavación del yacimiento, concretamente del hoyo 79-N, se descubrió un enterramiento, que ha sido ya publicado en lo esencial (*ibidem*: 531-532). Una muestra del esqueleto humano fue datada en el Tandem Laboratory, Uppsala University, arrojando el

FIGURA 2  
 DATACIÓN RADIOCARBÓNICA DE LOS RESTOS HUMANOS DEL HOYO 79-N



siguiente resultado (Fig. 2): Ua-38738: 3123 ±30 BP. Si se calibra mediante OxCal 4.3, nos situaría, a 2 sigma, en los intervalos 1491-1483 a.C. y 1453-1296 a.C., con una probabilidad de 1,1% y 94,3%, respectivamente. Entre los escasos fragmentos cerámicos integrados en el relleno sedimentario del hoyo (Fig. 3) hay uno de un vaso muy característico de la fase Formativa de Cogotas I, con tres filas paralelas de espigas incisas (Fig. 3b), pero el fragmento más moderno, con una compleja combinación decorativa de línea cosida sobre metopas con incisiones oblicuas y con ondas de boquique (Fig. 3a), remitiría indudablemente a la fase de Plenitud, coincidiendo con el citado intervalo de calibración más probable.

El individuo<sup>1</sup> depositado en este hoyo corresponde a un varón muy robusto, según se desprende de las características morfológicas presentes en el cráneo (Fig. 4), la mandíbula y el esqueleto poscranial conservado. Atendiendo al grado de desgaste de las piezas dentales puede establecerse una edad de muerte entre los 25 y 35 años, corroborada además por el grado de osificación de los extremos esternales de las costillas (Iscan y Steyn, 2013).

La escasa representación anatómica del individuo, limitada prácticamente a la mitad superior del cuerpo (Fig. 5), llevó a que su origen en el hoyo se explicara a partir de su inclusión en un vertido asociado al uso como basurero de esta estructura (Martín Carbajo *et al.*, 2012).

<sup>1</sup> Muestra de diente de este individuo fue analizada en su tesis doctoral por Sara Palomo-Díez (2015: 220), determinando su haplotipo mitocondrial correspondiente al haplogrupo H2a2a, uno más entre los reconocidos hasta ahora en los análisis arqueogenéticos de esqueletos de Cogotas I. En dicha tesis el mismo haplotipo mitocondrial ha sido detectado en sendos individuos del Campaniforme (Rivas-Vaciamadrid) y Bronce Antiguo (Los Tolmos A), y en dos individuos del yacimiento de Tordillos, asignables al Proto-Cogotas I.

FIGURA 3  
A-E: FRAGMENTOS CERÁMICOS DEL RELLENO DEL HOYO 79-N (INV. MUSEO DE LEÓN, NÚMS 2009/01/272 A 276, RESPECTIVAMENTE)

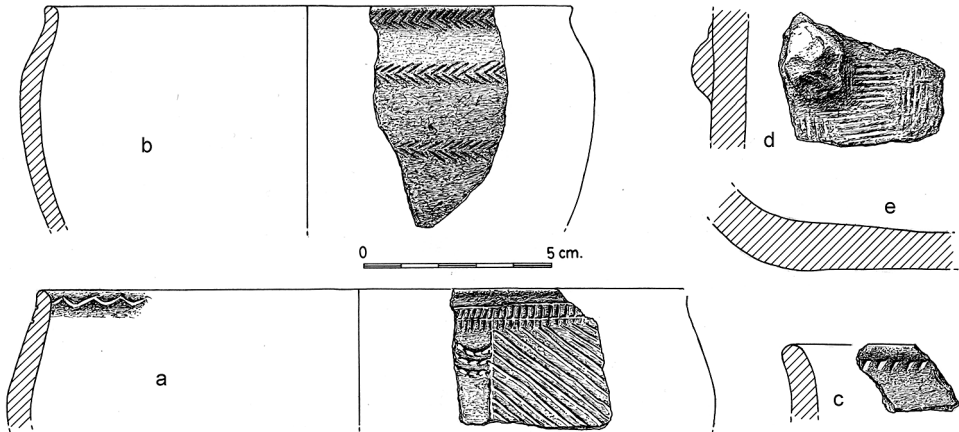


FIGURA 4  
CRÁNEO DEL INDIVIDUO DEL HOYO 79-N (NORMA IZQUIERDA)

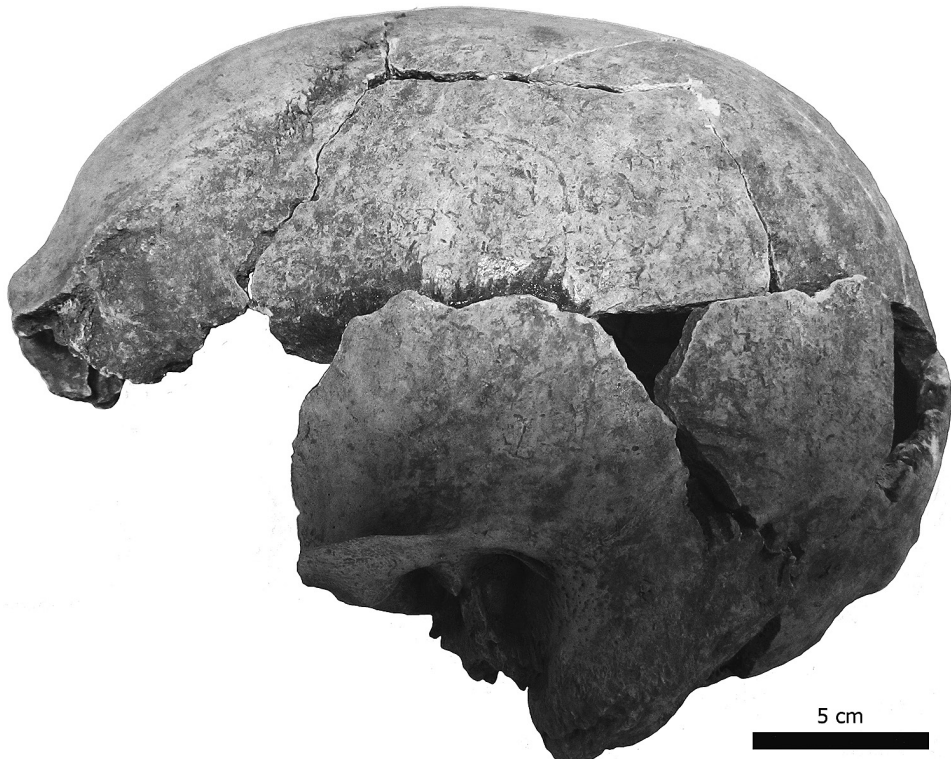
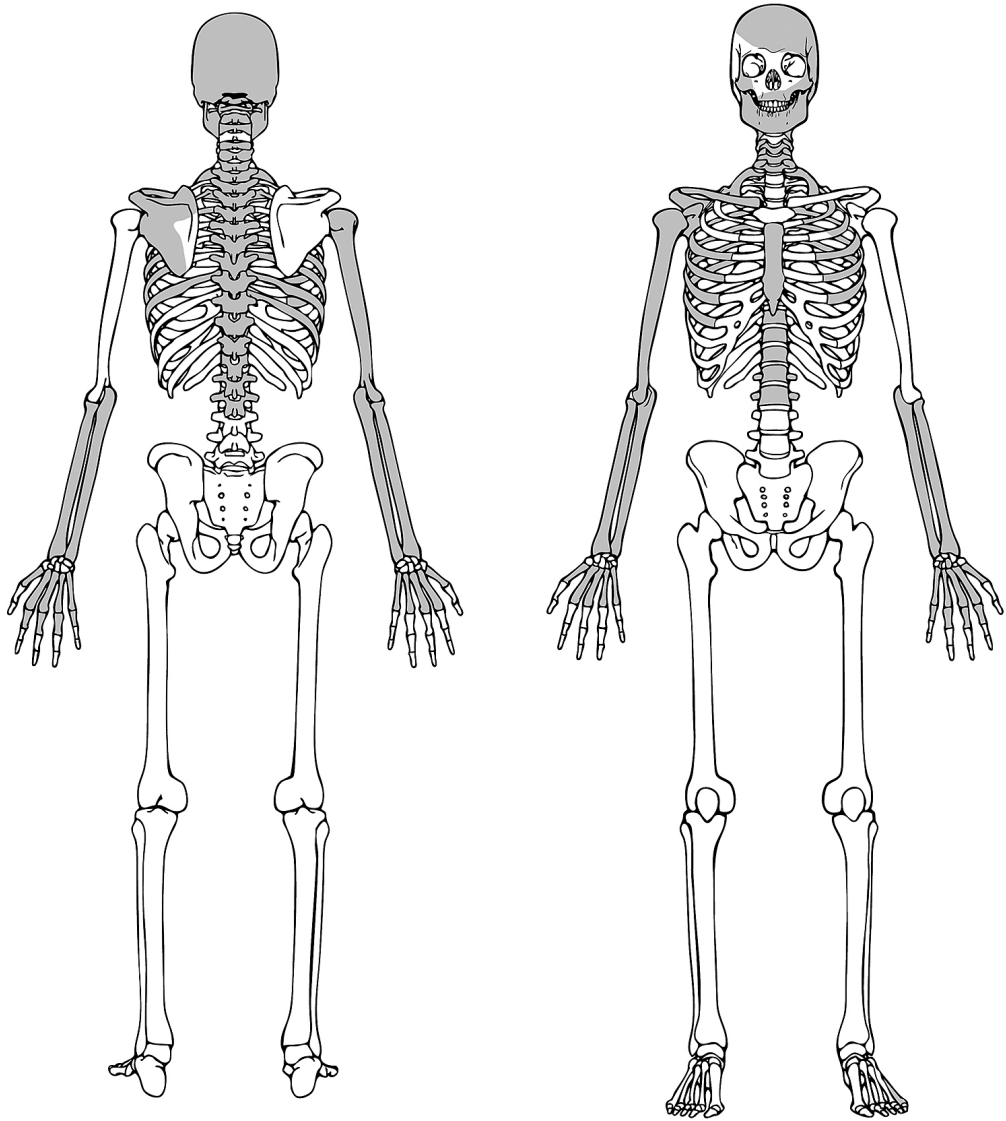


FIGURA 5  
ESQUEMA DE REPRESENTACIÓN ANATÓMICA DEL INDIVIDUO DEL HOYO 79-N



En una primera revisión del material, la posibilidad de un depósito secundario parecía la que más se ajustaba a la realidad arqueológica del hoyo, máxime teniendo en cuenta la frecuencia de esta práctica y la subrepresentación anatómica en los registros mortuorios cogotenses. Sin embargo, la información ahora disponible, y una relectura tafonómica, obligan a modificar aquella explicación. El análisis de la documentación de la intervención arqueológica y la observación de la representación anatómica permiten plantear, en efecto, la posible correspondencia de los restos al depósito primario de un individuo colocado en decúbito lateral sobre el lado

FIGURA 6  
 CÚBITO Y MANO IZQUIERDA EN POSICIÓN PRIMARIA INDIVIDUO HOYO 79-N  
 (FOTO CORTESÍA DE STRATO)



derecho, posiblemente con tendencia a la pronación y con los brazos semiflexionados. Además, pese a la limitada información gráfica, es posible defender una evidente relación anatómica entre la mayor parte de los restos identificados, salvo en el caso de las costillas –fundamentalmente las del lado izquierdo– que se localizan fuera del volumen inicialmente ocupado por el cuerpo. Las vértebras aparentan haber perdido parte de sus vínculos anatómicos, como sucede también con el antebrazo derecho. Por el contrario, cúbito y mano izquierda han mantenido conexiones estrictas, con una continuidad anatómica que parece involucrar a carpos, metacarpos y falanges (Fig. 6). En este caso coincide el mantenimiento de conexiones lábiles con la pérdida de algunas de las persistentes, con el desplazamiento de piezas óseas y con la subrepresentación de otras, una situación que, a falta de mejor información arqueológica, no tiene fácil explicación. En principio, lo más verosímil es que una alteración del depósito inicial, en uno o varios momentos, hubiera provocado los desplazamientos y la desaparición de ciertos huesos. Es posible que esta alteración se produjera sin la presencia de una cobertura sedimentaria que ocultara todos los restos humanos, pues de este modo se explicaría el desplazamiento de las costillas y la pérdida de nexos anatómicos solo en parte del cuerpo. Algo que no se contradice con el mantenimiento de las conexiones en la mano izquierda, pues se encontraba apoyada en el fondo del hoyo en una situación de equilibrio gravitacional (Duday *et al.*, 2009). Esta posibilidad parece más probable que la llegada de los restos óseos desde otro emplazamiento, pues el patrón de descomposición que se observa, sumado a la coherente posición de los restos conservados, solo se podría haber dado en unas condiciones muy particulares –por ejemplo lo que se ha denominado descomposición ‘en orden paradójico’ (Maureille y Sellier, 1996)– que a primera vista no se cumplen en nuestro caso.

No es posible saber, por último, en qué momento tuvo lugar la alteración antes señalada, salvo que debió de producirse cuando ya se encontraba avanzado o culminado el proceso de

esqueletización. De la mitad inferior del cuerpo solo se habría conservado el quinto metatarso del pie izquierdo, lo que da cuenta de una modificación del depósito en la que se produjo una exhaustiva retirada de huesos.

### 3.2. EL HOYO 62-N

Esta otra subestructura, en la que terminaría desvelándose un inesperado contenido, se halló también dentro del Sector Norte. El hoyo, de forma circular, de 1,65 m de diámetro, con sección globular y 0,90 m de profundidad, presentaba un relleno estratificado, con tres niveles (Unidades estratigráficas 2196, 2197 y 2198) en el más profundo de los cuales el sedimento envolvía un material escaso, heterogéneo y a primera vista muy poco expresivo: seis fragmentos de cerámica a mano, escasos restos óseos, supuestamente de fauna, y seis fragmentos de molino, cuarcíticos, parcialmente quemados. El único fragmento cerámico significativo (Fig. 7) corresponde a un borde con decoración en espiga, muy común en el Proto-Cogotas I, sin que pueda descartarse su perduración en el Cogotas I Pleno. Desde luego, la datación en el mismo Laboratorio de uno de los fragmentos óseos lo situaría más bien en esta fase: Ua-38737:  $3044 \pm 30$  BP, fecha radiocarbónica que, calibrada con OXCal 4.3, conduce, con dos sigma, al intervalo: 1398-1220 cal. a. C., con una probabilidad del 95,4% (Fig. 8). Por ello, otra vez se podría considerar, como marco cronológico para el cierre de este hoyo, la fase de Plenitud de Cogotas I.

Como ya se ha apuntado, cinco años después de la excavación, en el transcurso del estudio de los restos faunísticos del yacimiento por parte del equipo de zooarqueología de la Universidad de León (Carbajo Arana y Fernández Rodríguez 2014; Carbajo Arana 2015), el Dr. Fernández Rodríguez diagnosticó como humanos los supuestos huesos de fauna del Hoyo 62-N, poniéndolos a disposición de nuestro proyecto. El hoyo cobraría así nueva importancia, a despecho de su apariencia en principio insignificante.

Los materiales recuperados pertenecen a un único individuo, relativamente grácil, y con un grado de representación muy bajo, como se aprecia en la figura 9. Sus características morfológicas permiten plantear con bastante seguridad que se trata de un adulto, no así determinar su asignación sexual dado el estado de conservación de los huesos y la ausencia de regiones diagnósticas. En total, se han conservado parte de las diáfisis de ambos fémures, tercio distal de la diáfisis del cúbito derecho, parte de la tibia de este lado y fragmentos del peroné izquierdo, así como varias esquirlas y trozos de huesos indeterminados. No hay información del modo en el que se encontraban en el hoyo, más allá de la indicación de que habían sido afectados por el fuego (Martín Carbajo *et al.*, 2012). Sin embargo, un examen exhaustivo de los restos descarta esta última circunstancia y permite reconocer otras modificaciones tafonómicas que contribuyen a explicar mejor la gestación del depósito.

Todos los restos referidos, en efecto, presentan en superficie huellas inequívocas de exposición subaérea. En otras palabras, durante un tiempo difícil de establecer, estos materiales no estuvieron enterrados, lo que provocó que factores como la insolación, los cambios de temperatura y la humedad ambiental... afectaran directamente a los tejidos óseos, degradándolos. A estas modificaciones se suman también las originadas por la acción de cánidos sobre los huesos humanos, que se concretan en surcos, roídos e impactos de caninos en la superficie y los extremos de las diáfisis conservadas (Binford, 1981; Haglund, 1997; Smith, 2006). En principio puede plantearse que este repertorio esquelético permaneció en un lugar expuesto a los carroñeros, a la vez que se vio afectado por factores medioambientales durante un período posiblemente más largo que el de la acción de los animales. Pasado ese tiempo, los materiales fueron recogidos y trasladados al hoyo, cesando a partir de entonces las modificaciones provocadas por los citados agentes tafonómicos.



FIGURA 7  
FRAGMENTO CERÁMICO INCLUIDO EN EL RELLENO DEL HOYO 62-N  
(INV. MUSEO DE LEÓN, N.º 2009/01/241)

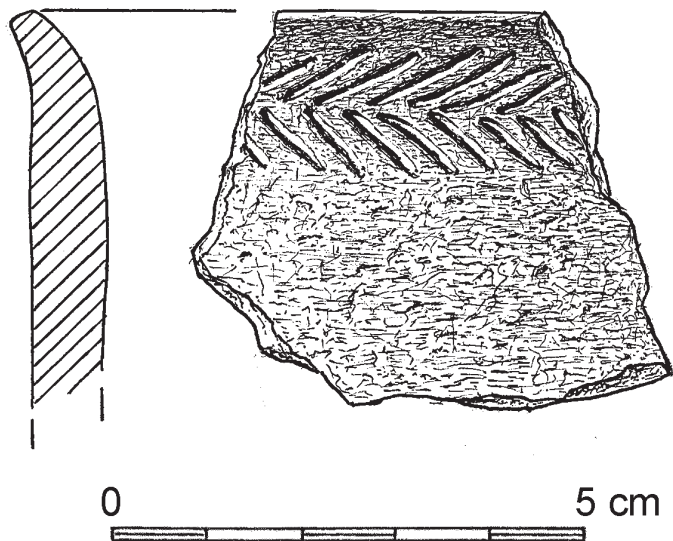


FIGURA 8  
DATACIÓN RADIOCARBÓNICA DE LOS RESTOS HUMANOS DEL HOYO 62-N

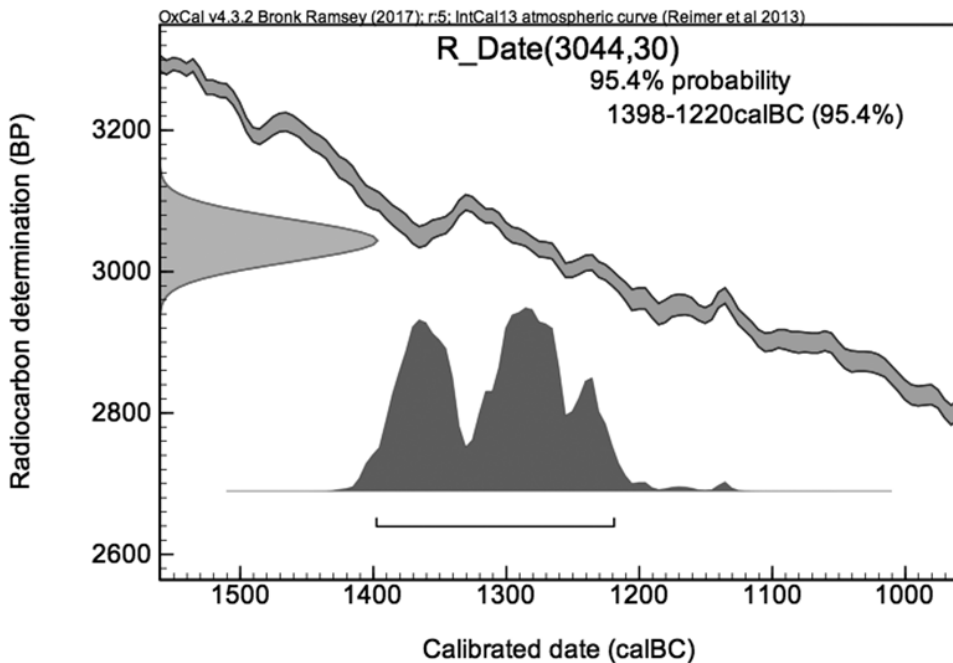
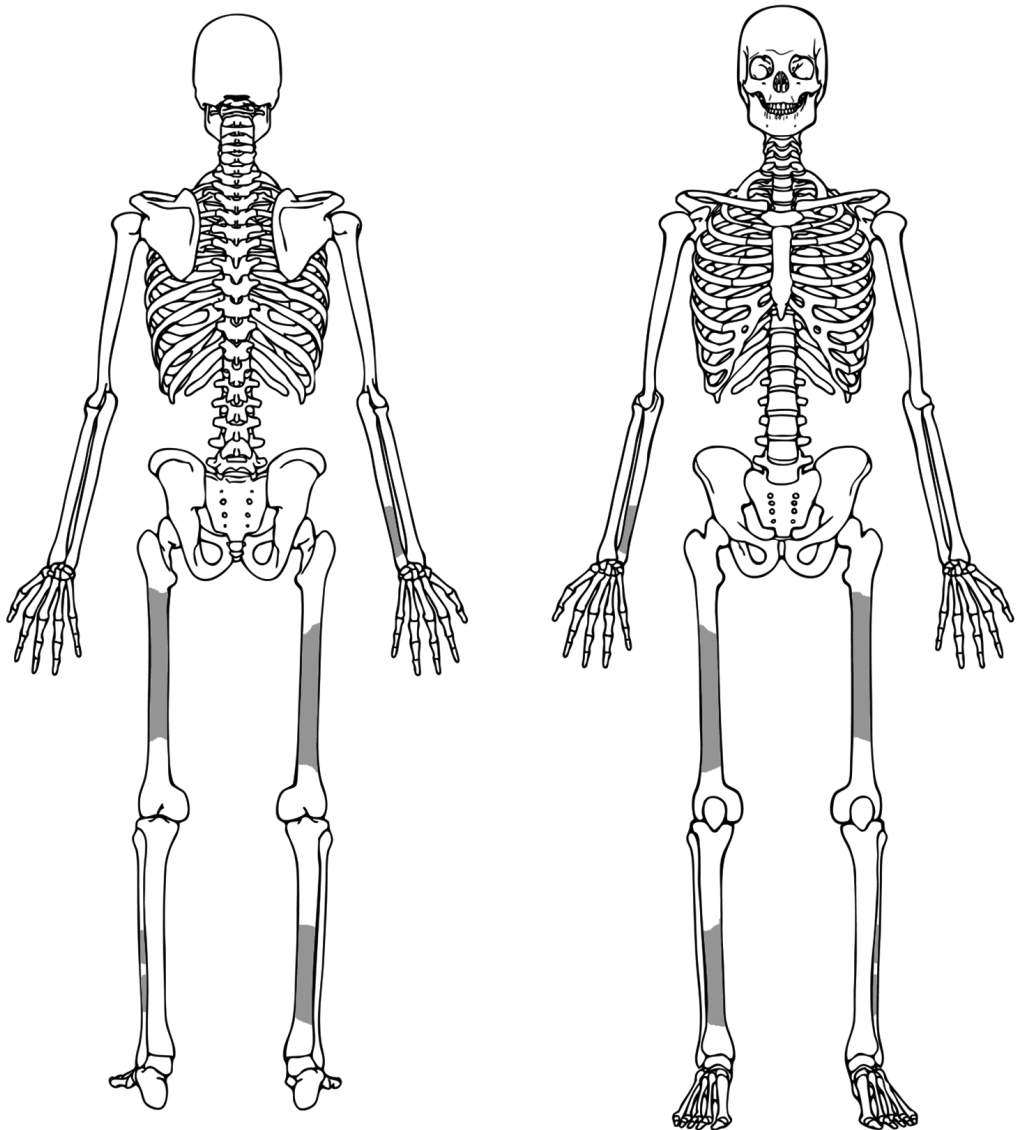


FIGURA 9  
ESQUEMA DE REPRESENTACIÓN ANATÓMICA DEL INDIVIDUO DEL HOYO 62-N



Si entramos algo más en detalle, cabe observar que el aspecto del tejido óseo en ambos fémures es áspero y yesoso (Botella *et al.*, 1999; Madgwick y Mulville, 2012: 510-511), de color blanquecino (Dupras y Schultz, 2013: 316-318) y con descamaciones (Madgwick y Mulville, 2012: 510; Junod y Pokines, 2014: 290-291) que afectan a prácticamente toda la superficie de las diáfisis. La mayor parte de las fracturas de los huesos presentan bordes redondeados, como así se aprecia también en los daños provocados por la acción de los cánidos, que han quedado

FIGURA 10  
ARRIBA, FÉMUR DERECHO (VISTAS ANTERIOR Y POSTERIOR); ABAJO, FÉMUR  
IZQUIERDO (VISTAS ANTERIOR Y POSTERIOR)

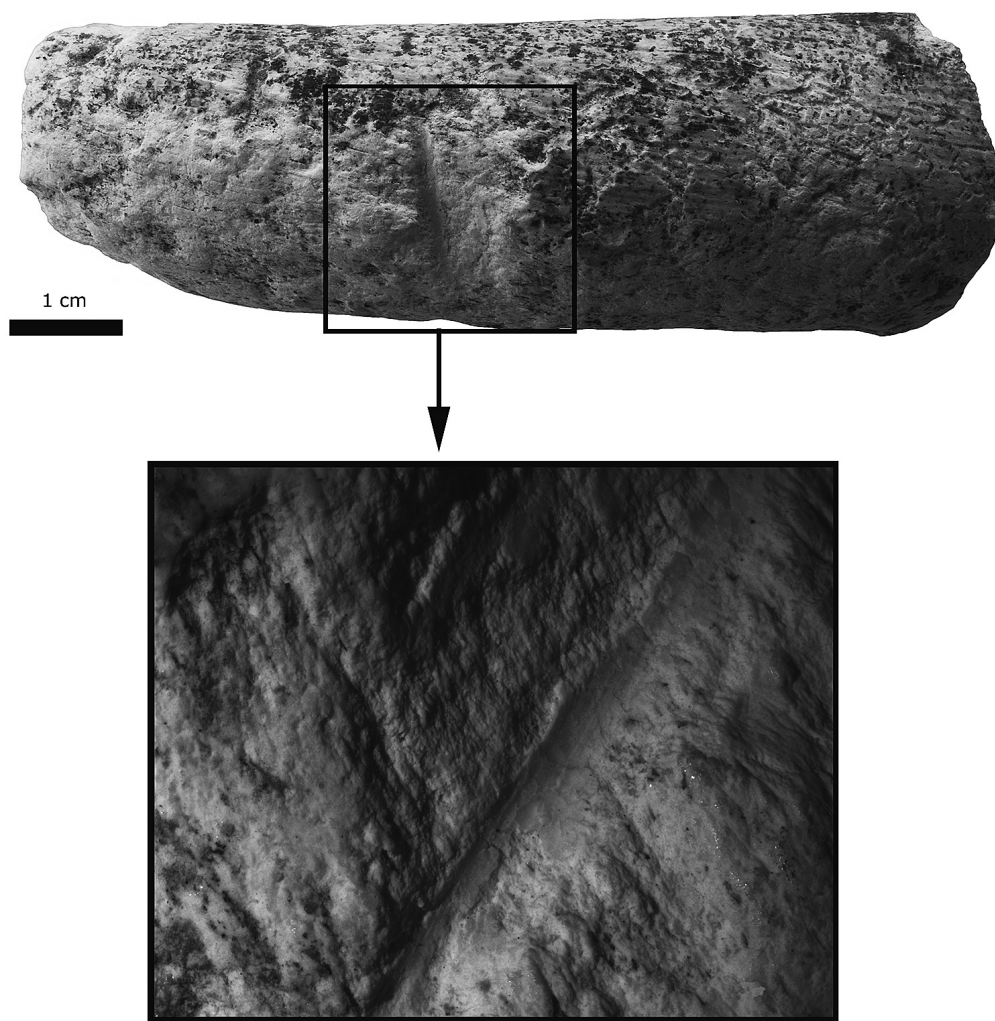


parcialmente velados por las modificaciones achacables a la exposición subaérea. En los fragmentos de tibia y peroné este tipo de afecciones es menos significativo, pese a que también se reconozcan. Aplicando la tabla propuesta por Behrensmeyer (1978), nuestros materiales estarían en un estadio 3-4, según el caso, lo que se traduce, con las debidas cautelas, en una exposición subaérea prolongada. Por último, en lo que a estas afecciones tafonómicas se refiere, en ningún caso se aprecian grandes diferencias entre las distintas zonas de los huesos.

Los fémures (Fig. 10) también se distinguen por la huella de raíces y la presencia de manchas de color oscuro que, *a priori*, pueden asociarse a la presencia de hongos que colonizaron la superficie del hueso.

A juzgar por el tipo, por la localización y por la intensidad de las huellas de la acción de animales en el material esquelético, *a priori* pueden atribuirse a cánidos (Colard *et al.*, 2014), si bien en algún caso no sería sencillo distinguirlas de las que puedan haber originado otros carroñeros. En todo caso, y como ya se adelantaba, se observan surcos de desigual profundidad y longitud que afectan a la diáfisis tanto transversalmente como en una disposición algo más

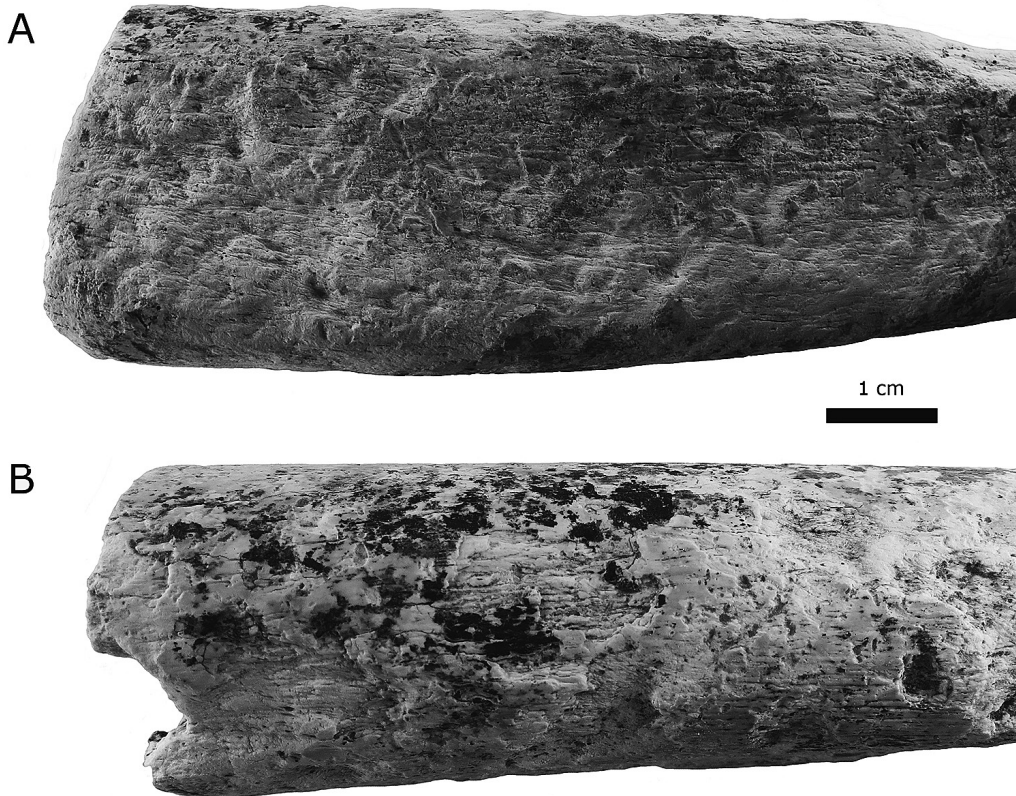
FIGURA 11  
DETALLE SURCO FÉMUR DERECHO (ABAJO, DETALLE 10X)



oblicua (Fig. 11). En este caso destaca la presencia de este tipo de marcas en el tercio distal del fémur derecho (Fig. 12a), a las que se suma un intenso roído de la zona de fractura de localización superior. Los impactos de caninos son abundantes, en particular en la superficie posterior del fémur izquierdo (Fig. 12b), que en algún caso se presentan pareados. En la tibia, peroné y cúbito son menos abundantes, pero también están presentes, lo que da cuenta de un modelo generalizado que debió de afectar al conjunto del material esquelético de este individuo.

Tanto la acción de los animales como la exposición subaérea deben hacerse copartícipes en la explicación del estado de conservación de los huesos y, muy posiblemente, del limitado grado de representación observado. En esta línea, cabe destacar que una vez que los huesos fueron trasladados al hoyo y cubiertos de tierra los agentes tafonómicos descritos dejarían de

FIGURA 12  
DETALLE FÉMURES: A) SURCOS; B) IMPACTO DE CANINO



actuar (Madgwick y Mulville, 2012), lo que permite establecer una secuencia biográfica de estos restos humanos hasta su recuperación arqueológica.

Finalmente, y antes de entrar en la discusión, hay que destacar que los estudios de fauna de Canto Blanco (Carbajo Arana y Fernández Rodríguez, 2014; Carbajo Arana, 2015) han revelado que los huesos de animales también estuvieron sometidos a los mismos procesos posdeposicionales (mordeduras de carnívoros, breves exposiciones subaéreas...), lo que, sin duda, debe ser tenido en cuenta en las explicaciones que puedan darse a este caso.

#### 4. CONSIDERACIONES DE CONJUNTO

##### 4.1. VARIABILIDAD EN LAS FÓRMULAS MORTUORIAS DE COGOTAS I

La pertenencia del sector leonés al ámbito cultural de Cogotas I ha generado alguna controversia. En efecto, cuando en 1997 defendió su tesis doctoral, Abarquero contaba solamente con cuatro yacimientos, lo que le llevó a incluirlos en su 'Zona de Expansión' (*vid.* Abarquero,

2005: 291 y Fig. 15); poco después, el yacimiento de Las Vegas (Jabares) sería considerado dentro de la ‘Zona de Contacto’ (Rodríguez Marcos *et al.*, 1999). Posteriormente, los hallazgos se han multiplicado de forma notable, como puede verse en los sucesivos trabajos de Celis (2002: mapa 1), Celis *et al.* (2007b: mapa 1), o Abarquero y Delibes (2009: 266) –en ellos se ha comprobado también que el grupo arqueológico cogotense no alcanza únicamente el curso del Esla, como pudo parecer inicialmente, sino que aparece asimismo con nitidez más al oeste, en la red hidrográfica del Órbigo– dando lugar a defender la vinculación a la ‘Zona Nuclear’ (Celis 2007: 136; Celis *et al.*, 2007b: 169, Abarquero y Delibes, 2009: 278).

Pero el yacimiento de Canto Blanco es más que un mero punto en el mapa de distribución de Cogotas I: como sucede con otros leoneses excavados con cierta amplitud en Jabares (Las Vegas), Santiago de la Valduerna (Sacaosjos) y Villaornate (El Pelambre), se ajusta además a los criterios –densidad, secuencia y atributos definitorios– señalados por Abarquero (2005: 86) para caracterizar el Área Nuclear y se alinea cronológicamente, a juzgar por las dataciones obtenidas (Fig. 13) tanto para la fase Proto-Cogotas I como para la de Plenitud, con los de la mencionada Zona.

Tampoco desentona Canto Blanco en otro rasgo que no debe soslayarse: la eventual relación con vías naturales de comunicación, que podría inferirse de la cercanía de muchos de los yacimientos del sector leonés a las cañadas históricas, posible trasunto de una antigua caminería. La relación es evidente en Canto Blanco, pues se halla exactamente junto a la Colada Zamorana, un importante ramal de la Cañada Leonesa Oriental. Tal coincidencia, más que reforzar la ya clásica vinculación de Cogotas I con la trashumancia (Fernández-Posse, 1980: 723), ahora cuestionada (Abarquero, 2005: 423-437; Blasco, 2012: 189), parece constituir un indicio de un fenómeno de ‘conectividad’ entre comunidades (Blanco y Esparza, 2019).

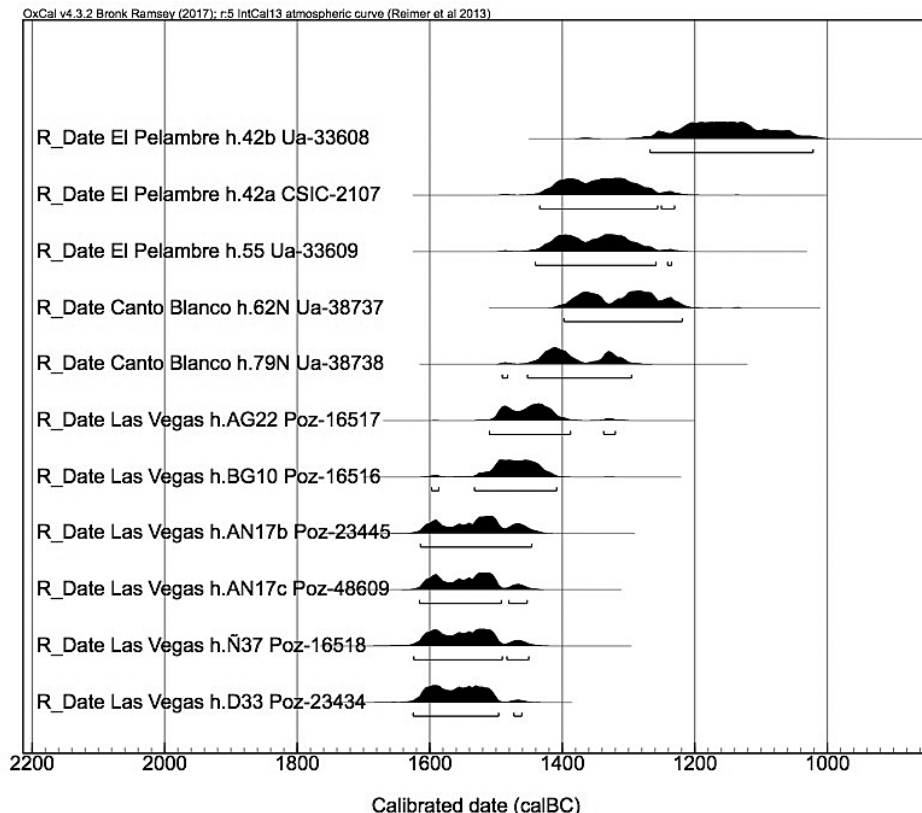
Por lo que hace al mundo de la muerte también manifiesta Canto Blanco la heterogeneidad que hoy constituye la tónica general. Así, se alinea con otros yacimientos cogotenses en los que las excavaciones han deparado más de un hoyo con restos humanos. Por ahora, parece algo aleatorio, pues si esta circunstancia se había observado ya en un sitio no lejano, el de Las Vegas (Jabares) que entregó restos en seis hoyos, en cambio no se ha hallado ningún hueso humano en los numerosos hoyos detectados en las excavaciones efectuadas en El Pelambre (Villaornate) o en Sacaosjos (Santiago de la Valduerna), yacimientos situados también en el sector leonés del área cultural de Cogotas I.

En esos yacimientos en los que hay varios hoyos con restos humanos, se observa también una situación compleja, pues no corresponden a un solo tipo o variante: si en Canto Blanco se ha visto un primario y un secundario, algo parecido parece haberse dado también en Las Vegas de Jabares (Prada, 1999: 80), con varios enterramientos primarios de niños y un secundario de adulto, éste último reconocido en nuestro examen de los restos.

Dentro de la heterogeneidad que señalamos en el sector leonés parecía darse al menos un rasgo unitario: el carácter individual de todos los enterramientos conocidos. Pero esta unidad tiene ya una excepción: en el mencionado reconocimiento directo de los restos de Las Vegas detectamos que el hoyo AN-17 tendría un carácter dual, dada la presencia junto al esqueleto infantil de un hueso de adulto, en lo que parece ser una práctica mortuoria de acompañamiento por reliquias (Esparza *et al.*, 2018).

En definitiva: la gran variabilidad es todavía la primera característica del mundo funerario de Cogotas I. No siendo explicable por razones funcionales, demográficas, de estatus social, etc, parece que la mejor justificación de la heterogeneidad mortuoria sigue siendo en última instancia la cosmovisión que distingue entre dos categorías esenciales, ‘buena muerte’ y ‘mala muerte’, bien conocida en la literatura antropológica (*cf.* Thomas, 1982: 101 ss.;

FIGURA 13  
DATACIONES RADIOCARBÓNICAS DE LOS YACIMIENTOS DE COGOTAS I  
EN LA PROVINCIA DE LEÓN



Insoll, 2015: 155) y relacionada con la configuración y mantenimiento del orden social. Esta pluralidad de tratamientos mortuorios en Cogotas I, trasunto de la complejidad de las normas sociales del momento, difícilmente podrá explicarse si no se atiende a la historia tafonómica de cada depósito y de los restos humanos que allí se recuperan.

#### 4.2. EXPOSICIÓN Y REENTIERRO

Desde el punto de vista tafonómico no hay duda de que los restos humanos del hoyo 62-N sufrieron, antes del entierro, un proceso de exposición subaérea que explica las modificaciones registradas en los tejidos óseos. Tanto las afecciones ambientales, como las atribuibles a la acción de animales son intensas y, posiblemente, indicativas de que tales restos permanecieron expuestos a lo largo de un más bien amplio período de tiempo.

Como ya se ha dicho, es probable que la exposición subaérea se prolongase más allá de la actividad animal, pues las huellas de carroñeo aparecen afectadas por cambios atribuibles a los agentes medioambientales. En principio, criterios como la profundidad del hoyo, la re-

presentación anatómica o el comportamiento habitual de los cánidos (Jeske y Kuznar, 2001; Kuznar y Jeske, 2006) permiten descartar que el cuerpo fuera desenterrado por los animales y quedase expuesto tras haber servido como alimento. Sin embargo, no se cuenta con suficiente información para saber cómo fueron las condiciones de exposición. Por ejemplo, no puede descartarse que los restos humanos hubieran sido depositados en el mismo hoyo permaneciendo insepultos hasta mucho tiempo después. Con todo, aun dándose esta circunstancia podría hablarse de exposición del cadáver como efecto y –probablemente, pero con menor seguridad– como práctica intencional.

Desde luego se trata de una evidencia cada vez menos excepcional en Cogotas I y que, sin duda, contribuye a explicar la variabilidad del registro mortuorio de este horizonte. A los casos ya publicados de Tordillos (Aldeaseca de la Frontera, Salamanca), en los que hay claros indicios de exposición (Esparza *et al.*, 2012b), van uniéndose otros, como el aquí presentado, de gran interés en tanto contribuyen a una reducción del caos imperante en el mundo mortuorio de Cogotas I: puesto que en Canto Blanco y otros lugares los enterramientos en hoyos contienen a veces individuos completos –hipotéticamente, insistimos, los resultantes de ‘mala muerte’– y otras restos parciales, e incluso escasos fragmentos, se podrían explicar los incompletos, al menos una parte de los mismos, como resultado de prácticas de manipulación y reentierro de restos de individuos que previamente habrían estado expuestos. Como ya se apuntó en el estudio de los de Tordillos (*ibidem*: 115), algunos casos de reentierro sugieren similitudes con prácticas bien conocidas etnográficamente<sup>2</sup>. En cambio, otros restos podrían haber sido rescatados de los lugares de exposición para, después de un tiempo más o menos largo y como paso previo a su entierro definitivo, usarlos en algún tipo de ceremonias; testimonios estos últimos, en suma, ilustrativos de la circulación de restos humanos en diferentes prácticas sociales, quizás cumpliendo distintas funciones y con significados diversos. Pese a la dificultad considerable de explicarlas completamente, las evidencias tafonómicas de no pocos materiales humanos de Cogotas I ponen de manifiesto que estuvieron sometidos a distintas condiciones en diferentes momentos. Y tales circunstancias, entendidas como ciclos de uso de los correspondientes huesos –sus biografías, incluido el posterior abandono–, parecen llamadas a jugar un papel decisivo a la hora de explicar la diversidad de materializaciones arqueológicas apreciadas en yacimientos como el que presentamos.

Pueden ser elementos que participen en los rituales en los que estos grupos negocian sus identidades y su memoria social, que sean empleados como elementos de protección, que simbolizen el abandono de un espacio doméstico o su regeneración, o a los que se apele para legitimar o para materializar un vínculo con el pasado. Es realmente difícil saberlo por el momento. Pero si este modelo explicativo ha sido propuesto para otro tipo de materiales como las cerámicas (Sánchez-Polo y Blanco-González, 2014) ¿por qué no también, a la vista de las pruebas presentadas, para los restos humanos? Al menos puede ser un paso para arrojar algo de luz al heterogéneo panorama arqueológico al que hacíamos referencia en las primeras páginas; un paso más aunque no el único pues la valoración de otros materiales como los molinos quizás podría acudir en auxilio de esta misma propuesta.

<sup>2</sup> No tanto como analogía etnográfica directa sino como instrumento heurístico, podría citarse la ‘Ceremonia de los Muertos’ documentada entre los Wendat-Huron de la región de los Grandes Lagos de Norteamérica: allí, la forma ordinaria –seguida con los fallecidos de muerte natural– era la colocación de los muertos en plataformas expositoras, y, en relación con los cambios de asentamiento realizados periódicamente –en torno a una década–, se recogían los restos subsistentes en los expositores y se enterraban definitivamente antes del abandono del lugar (Seaman, 2011).



#### 4.3. MOLINOS Y RESTOS HUMANOS

Reclama especial atención la presencia en el hoyo 62-N, el que contenía los restos ahora identificados como humanos, de seis fragmentos de molinos. Ciertamente, la aparición de molinos en hoyos de Cogotas I es frecuente, habiendo sido advertida sobre todo en yacimientos de la zona madrileña como La Deseada, en Rivas-Vaciamadrid o La Fábrica de Ladrillos y el Caserío de Perales, ambos en Getafe (Blasco *et al.*, 2007: 44), pero también en el sector duricense, por ejemplo en el salmantino Teso del Cuerno de Forfoleda, (Martín Benito, 1988) o en el vallisoletano de La Macañorra, en Geria (Arranz Mínguez *et al.*, 1993), en cuyo hoyo 5 había cinco molinos, dos de ellos completos. A menudo se interpreta esa comparecencia como resultado del descarte de objetos inútiles o como reserva que se oculta al abandonar un sitio en previsión de su ulterior recuperación, sin descartar su condición de ofrendas (Blasco *et al.*, 2007: 45), aunque no hace mucho se ha comenzado también a explorar el papel de los molinos, especialmente los integrados en depósitos, en la estructuración social (Sánchez Polo, 2012).

Por otra parte, tampoco son raros los contextos funerarios con molinos. Los hay en el propio espacio leonés, por ejemplo en el hoyo D33 de Las Vegas de Jabares con restos de un individuo infantil y un fragmento de muela (Rodríguez Marcos *et al.*, 1999: 66-67) –una pieza, por cierto, de procedencia relativamente lejana (López Plaza *et al.*, 2018: 24-26)–; y, en el entorno de Madrid, en los hoyos 11, 20, 21 y 23 del Caserío de Perales (Blasco *et al.*, 1991: 80), o en Pista de Motos (Villaverde), con un triple enterramiento de hombre, mujer y subadulto, cubierto por 5 molinos (Domínguez y Víseda, 2009: 329-330). Esta circunstancia invita a sospechar que, más allá de argumentos funcionales, el depósito de molinos en las tumbas podría responder a algo más complejo, a una especial conceptualización de la muerte: así, acerca del caso de Pista de Motos se ha sugerido que los molinos fueran *enseres de viviendas que trasponen lo doméstico a la tumba mostrando una ideología funeraria que enfatiza la producción* (Barroso *et al.*, 2014: 128).

Pero también podría conjeturarse, sobre todo para los restos secundarios, algo diferente, una práctica de ritualización de la que habría indicios: a) en el hoyo 62-N de Canto Blanco; b) en el hoyo 56-57 de la mencionada Fábrica de Ladrillos de Getafe, que entregó dos molinos y un fragmento de parietal humano (Blasco *et al.*, 2007: 45 y 64); c) en Tordillos (Aldeaseca de la Frontera, Salamanca), donde un fragmento de molino acompañaba en el hoyo AN-AV/61-70/I, a los restos secundarios y con huellas de exposición de un infantil de entre 5 y 9 años (Misiego *et al.*, 2012: 421; Esparza *et al.*, 2012b: 99); y d) en el hoyo T-AC/51-60/XI del mismo yacimiento de Tordillos, en el que coincidían varios fragmentos de molinos con los restos secundarios de cuatro o cinco adultos, uno de ellos con indicios de exposición (Misiego *et al.*, 2012: 414; Esparza *et al.*, 2012b: 99).

La repetición en todos los casos del mismo gesto sugiere la existencia de una pauta de conducta, y en esa línea ¿no habría que sospechar que restos humanos y molinos en reiterada asociación constituyen la materialidad de una práctica social, por ejemplo de clausura o de abandono, como se ha propuesto en alguna situación comparable?<sup>3</sup> Así, se podría aventurar la hipótesis de que ante ciertos tipos de muerte –como el del posible núcleo familiar de Pista de Motos, o el de los dos niños, tal vez hermanos, enterrados juntos y entrelazados en el hoyo 23

<sup>3</sup> No está de más traer a colación, aunque sea un ámbito muy lejano, el molino hallado en un hoyo de un yacimiento prehistórico de Norteamérica, el sitio de Santa Cruz Bend, en Arizona, para el que hace tiempo Jenny L. Adams (1996: 4) proponía que *may have been some sort of ritual abandonment –it was buried with a human hand*.

del Caserío de Perales (Blasco *et al.*, 1991: 59-60)– se hubieran realizado prácticas de clausura de cabañas materializadas en enterramientos primarios acompañados por ciertos objetos expresivos de la vida doméstica, como los cinco molinos en el primer caso, o el fragmento de molino, una pesa de telar y medio perro junto a los infantiles de Perales.

En cuanto a los otros casos, los de unos restos humanos secundarios –rescatados de expositores, del ámbito doméstico, etc.– acompañados por molinos más o menos completos, tal vez constituían la expresión de un gesto de mayor alcance todavía: el acto de levantar el campo.

Estamos, qué duda cabe, ante cuestiones de gran complejidad y variada casuística. Así, en relación con El Cerro (La Horra), otro yacimiento cogotense de la provincia de Burgos, se ha propuesto que, a la muerte de los tres subadultos de un mismo hoyo –para los cuales se han obtenido pruebas genéticas de hermandad (Esparza *et al.*, 2012a: 307; Palomo-Díez *et al.*, 2019)–, se habría producido todo un ‘entierro de la cabaña’, asociando restos humanos, objetos cotidianos y viejísimas cerámicas neolíticas, en un intento de mitigar el desastre y restaurar el orden cosmológico (Sánchez-Polo y Blanco-González, 2014). Y algo parecido pudiera sospecharse del relleno del hoyo UE31 de El Tablón (Alaejos, Valladolid), con el enterramiento secundario de un joven cuya fosa contenía, además de algunos restos cerámicos del Proto-Cogotas I, más de un centenar de fragmentos de barro quemado, muchos de ellos careados, con improntas de ramaje (Domínguez Bolaños, 1998: 31), lo que apunta también a la posible destrucción ritualizada de una cabaña. Pues bien, en estos dos casos, no se habrían utilizado los molinos en el hipotético rito de clausura, por lo que más que unas normas rígidamente cumplidas cabría entrever unas pautas *grosso modo* coincidentes para afrontar determinados eventos de la vida comunitaria.

## 5. CONCLUSIÓN

La explicación más probable para lo observado en el ‘campo de hoyos’ de Canto Blanco, a la luz de la hipótesis de la exposición de cadáveres, podría resumirse de esta forma: los avatares de esa comunidad habrían hecho que terminasen coincidiendo en el subsuelo dos individuos, un adulto joven cuya ‘mala muerte’ lo llevó al hoyo 79-N, y otro que, tras fallecer supuestamente en circunstancias socialmente bien consideradas, debió de permanecer cierto tiempo en un expositor yendo a parar más adelante una selección de sus restos al hoyo 62-N, en el curso de la ritualización de algún acontecimiento de la vida ordinaria.

Sin duda, una problemática como la que aquí se afronta requiere información contextual rigurosa. Como se ha visto, los restos humanos y otros materiales pueden tener complicadas ‘biografías’ (*sensu* Kopytoff, 1986), con ciclos de participación en prácticas sociales que probablemente no respondían a un procedimiento único. Tales prácticas eran actos deliberados, cuyo reconocimiento depende en gran medida de los análisis microarqueológico, tafonómico, etc. que permitan esclarecer, por ejemplo, la intencionalidad de las asociaciones entre restos humanos y faunísticos. Desde luego, el enfoque tafonómico es esencial para determinar los procesos de formación de los depósitos mortuorios, para valorar su integridad e incluso para interpretar la trayectoria predeposicional de los restos humanos. Por todo ello nos vemos en la obligación de insistir en la necesidad de registrar y conservar todos los vestigios –incluyendo los de arqueofauna y los sedimentos–, que se descubren en las excavaciones (aunque sean de salvamento), pues solo así podrán ser objeto algún día de la necesaria atención especializada. La importancia de las prácticas mortuorias para la comprensión de la sociedad de Cogotas I bien lo merece.

Mientras tanto, frente a la posible explicación de la variabilidad de manifestaciones fúnebres cogotenses como algo azaroso o como distintas formas de alteración de sepulturas, casos de estudio como el de Canto Blanco que aquí se presenta vendrían a avalar la hipótesis de la exposición como práctica principal que era complementada con la utilización de restos seleccionados en prácticas especiales, reservándose la sepultura en hoyo para los casos de ‘mala muerte’.

## AGRADECIMIENTOS

Al Ministerio de Economía e Innovación, por el soporte de los Proyectos HAR2009-10105 y HAR2013-43851-P. A nuestros amigos el Dr. Carlos Fernández Rodríguez y María Carbajo Arana (Universidad de León) por su inestimable ayuda; a la Junta de Castilla y León, por los permisos concedidos; a D. Luis Grau Lobo y D. Manuel García Garrido, director y técnico respectivamente del Museo de León; a Strato Gabinete de Estudios sobre Patrimonio Histórico y Arqueológico, por habernos facilitado el Informe de la excavación; y a D. Ángel Rodríguez González y D. Francisco Tapias López, por el dibujo de las cerámicas.

## BIBLIOGRAFÍA

ABARQUERO MORAS, F. J.

(2005): *Cogotas I. La difusión de un tipo cerámico durante la Edad del Bronce*, Valladolid, Junta de Castilla y León.

ABARQUERO MORAS, F. J. y DELIBES DE CASTRO, G.

(2009): “‘El Pelambre’ (Villaornate, León): un yacimiento en la periferia noroccidental del ‘Área Nuclear’ de Cogotas I”, en M.<sup>a</sup> L. González Fernández (coord.), “*El Pelambre*”. *Villaornate, León. El horizonte Cogotas I de la Edad del Bronce y el periodo tardoantiguo en el valle medio del Esla*, s. l., Tragsa, pp. 267-290.

ADAMS, J. L.

(1996): “Bringing Stone Tools to Life: The People behind the Rocks”, *Archaeology in Tucson*, 10(4), pp. 1-5.

ARRANZ MÍNGUEZ, J. A., GÓMEZ PÉREZ, A., SÁNCHEZ SIMÓN, M. y BELLIDO BLANCO, A.

(1993): “El Teso de La Macañorra (Geria, Valladolid), un poblado de la Edad del Bronce en la cuenca media del Duero”, *Numantia*, 4, pp. 75-92.

BARROSO BERMEJO, R., BUENO RAMÍREZ, P., CANDELAS, N., ROJAS RODRÍGUEZ-MALO, J. M. y LÓPEZ SÁEZ, J. A.

(2014): “Enterramientos de la Edad del Bronce en la Meseta Sur Peninsular a partir del Sector 22, Yuncos (Toledo)”, *Munibe Antropología-Arkeología*, 65, pp. 117-136.

BEHRENSMEYER, A. K.

(1978): “Taphonomic and ecologic information from bone weathering”, *Palaeobiology*, 4, pp. 150-162.

BINFORD, L. R.

(1981): *Bones. Ancient men and modern myths*, New York-London-San Diego, Academic Press.

- BLANCO GONZÁLEZ, A. y ESPARZA ARROYO, A.  
(2019): “Conectividad en la Edad del Bronce del occidente de la Península Ibérica. Examinando la relación entre sitios y vías pecuarias mediante SIG”, *Trabajos de Prehistoria* 76(1), pp. 67-83.
- BLASCO BOSQUED, M.<sup>a</sup> C.  
(2012): “Cogotas I en la Meseta Española”, en Rodríguez Marcos y Fernández Manzano, 2012, pp. 187-218.
- BLASCO BOSQUED, M.<sup>a</sup> C., SÁNCHEZ-CAPILLA, M.<sup>a</sup> L., CALLE PARDO, J., ROBLES, F. J., GONZÁLEZ ORTEGA, V. M. y GONZÁLEZ, A.  
(1991): “Enterramientos del horizonte Protocogotas en el valle del Manzanares”, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología. Universidad Autónoma de Madrid*, 18, pp. 55-112.
- BLASCO, C., BLANCO, J. F., LIESAU, C., CARRIÓN, E., BAENA, J., QUERO, S., RODRÍGUEZ DE LA ESPERANZA, M.<sup>a</sup> J. y GARCÍA, J.  
(2007): *El Bronce Medio y Final en la región de Madrid. El Poblado de la Fábrica de Ladrillos de Getafe [= Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas, 14-15]*, Madrid, Museo de los Orígenes.
- BOTELLA, M., ALEMÁN, I. y JIMÉNEZ, S.  
(1999): *Los huesos humanos. Manipulación y alteraciones*, Barcelona, Ediciones Bellaterra.
- CARBAJO ARANA, M.  
(2015): “Aportación al conocimiento de la economía de la cultura Cogotas I: análisis zooarqueológico del yacimiento de Canto Blanco (León)”, *CKQ Estudios de Cuaternario / Kuaternario Ikasketak / Quaternary Studies*, 5, pp. 59-72.
- CARBAJO ARANA, M. y FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, C.  
(2014): “Canto Blanco y El Pelambre: recursos faunísticos durante la Edad del Bronce en el valle del Duero”, *Arqueología en el Valle del Duero: del Paleolítico a la Edad Media. Actas de las IV Jornadas de Jóvenes Investigadores del Valle del Duero. Segovia 2014*, Valladolid, Glyphos, pp. 92-106.
- CELIS SÁNCHEZ, J.  
(2002): “El Bronce final y la primera Edad del Hierro en el noroeste de la meseta”, en M. A. de Blas Cortina y A. Villa Valdés (coords.), *Los poblados fortificados del noroeste de la Península Ibérica: formación y desarrollo de la cultura castreña*, Navia, Ayuntamiento de Navia, pp. 97-126.  
(2007): “El contexto cultural del depósito de Valdevimbre. El Bronce Final en el Noroeste de la Meseta”, en Celis *et al.*, 2007a, pp. 132-167.
- CELIS SÁNCHEZ, J., DELIBES DE CASTRO, G., FERNÁNDEZ MANZANO, J. y GRAU LOBO, L. (eds.)  
(2007a): *El hallazgo leonés de Valdevimbre y los depósitos del Bronce Final Atlántico en la Península Ibérica*, Valladolid-León, Junta de Castilla y León-Diputación de León, pp. 106-131.
- CELIS SÁNCHEZ, J., DELIBES DE CASTRO, G., FERNÁNDEZ MANZANO, J., GRAU LOBO, L., HERNÁNDEZ VALVERDE, M., HERRÁN MARTÍNEZ, J. I. y ROVIRA LLORENS, S.  
(2007b): “Consideración final: El depósito de Valdevimbre y la sociedad Cogotas I”, en Celis *et al.*, 2007a, pp. 168-175.
- COLARD, T., DELANNOY, Y., NAJI, S., ROTTIER, S. y BLONDIAUX, J.  
(2014): “The utilisation of carnivore scavenging evidence in the interpretation of a protohistoric French pit burial”, *Journal of Archaeological Science*, 52, pp. 108-115.

DOMÍNGUEZ ALONSO, R. M. y VÍRSEDA SANZ, L.

(2009): “Excavación en el yacimiento de Pista de Motos (Villaverde)”, en *Actas de las cuartas jornadas de Patrimonio Arqueológico en la Comunidad de Madrid*, Madrid, Comunidad de Madrid, pp. 327-331.

DOMÍNGUEZ BOLAÑOS, A.

(1998): *Primera campaña de excavación arqueológica en el yacimiento de El Tablón (Alaejos, Valladolid), Autovía de Castilla, N-620, Tramo Alaejos-Cañizal. 1997-1998*, Informe técnico depositado en el Servicio Territorial de Cultura de la Junta de Castilla y León, Valladolid.

DUDAY, H., CIPRIANI, A. M. y PEARCE, J.

(2009): *The archaeology of the dead: lectures in archaeoethanatology*, Studies in Funerary Archaeology 3, Oxford, Oxbow Books.

DUPRAS, T. L. y SCHULTZ, J. J.

(2013): “Taphonomic bone staining and color changes in forensic contexts”, en J. T. Pokines y S. A. Symes (eds.), *Manual of forensic taphonomy*, Boca Raton, CRC Press, pp. 315-340.

ESPARZA ARROYO, A., VELASCO VÁZQUEZ, J. y DELIBES DE CASTRO, G.

(2012a): “HUM 2005-00139: Planteamiento y primeros resultados de un proyecto de investigación sobre la muerte en Cogotas I”, en Rodríguez Marcos y Fernández Manzano, 2012, pp. 259-320.

(2012b): “Exposición de cadáveres en el yacimiento de Tordillos (Aldeaseca de la Frontera, Salamanca). Perspectiva bioarqueológica y posibles implicaciones para el estudio del ritual funerario de Cogotas I”, *Zephyrus*, 69, pp. 95-128.

ESPARZA-ARROYO, A., SÁNCHEZ-POLO, A. y VELASCO-VÁZQUEZ, J.

(2018): “Damaged Burials or Reliquiae Cogotenses? On the Accompanying Human Bones in Burial Pits Belonging to the Iberian Bronze Age”, *Archaeologies. Journal of World Archaeological Congress*, 14(3), pp. 346-376. <<https://doi.org/10.1007/s11759-018-9351-0>>.

FERNÁNDEZ-POSSE, M.ª D.

(1980): *El final de la Edad del Bronce en la Meseta Norte: la Cultura de Cogotas I*, Tesis doctoral inédita, Granada, Universidad de Granada.

HAGLUND, W.

(1997): “Dogs and coyotes: Postmortem involvement with human remains”, en W. Haglund y M. Sorg (eds.), *Forensic taphonomy. The postmortem fate of human remains*, Boca Raton, CRC Press, pp. 367-381.

INSOLL, T.

(2015): “Constructing Ancestors in Sub-Saharan Africa”, en C. Renfrew, M. J. Boyd e I. Morley (eds.), *Death Rituals, Social Order and the Archaeology of Immortality in the Ancient World: ‘Death Shall Have No Dominion’*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 153-167.

ISCAN, M. Y. y STEYN, M.

(2013): *The human skeleton in forensic medicine*, Springfield, Charles C. Thomas Publisher.

JUNOD, C. A. y POKINES, J. T.

(2014): “Subaerial weathering”, en J. T. Pokines y S. A. Symes (eds.), *Manual of Forensic Taphonomy*, Boca Raton, CRC Press, pp. 287-314.

JESKE, R. y KUZNAR, L.

(2001): “Canine digging behavior and archaeological implications”, *Journal of Field Archaeology*, 28 (3-4), pp. 383-394.

KOPYTOFF, I.

(1986): “The Cultural Biography of Things: Commoditization as Process”, en A. Appadurai (ed.), *The Social Life of Things: Commodities in Cultural Perspective*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 64-91.

KUZNAR, L. y JESKE, R.

(2006): “Analogic Reasoning, Ethnoarchaeology, and the impact of canines on the Archaeological Record”, *Archaeological Papers of American Anthropological Association*, 16 (1), pp. 37-46.

LÓPEZ-PLAZA, M., ESPARZA ARROYO, Á., GARCÍA GÓMEZ, I. y LÓPEZ-MORO, F. J.

(2018): “Procedencia del material pétreo de los molinos de los yacimientos Cogotas I (Bronce Medio y Tardío) de la Cuenca del Duero y modelos consecuentes de flujo”, *Estudios Geológicos*, 74(1), <<https://doi.org/10.3989/egool.42955.462>>.

MADGWICK, R. y MULVILLE, J.

(2012): “Investigating variation in the prevalence of weathering in faunal assemblages in the UK: A multivariate statistical approach”, *International Journal of Osteoarchaeology*, 22, pp. 509-522.

MARTÍN BENITO, J. I.

(1988): “Excavaciones arqueológicas en el ‘Teso del Cuerno’ (Forfoleda, Salamanca, España)”, *Arqueología*, 18, pp. 131-156.

MARTÍN CARBAJO, M. A., MARCOS CONTRERAS, G. J., MISIEGO TEJEDA, J. C., SANZ GARCÍA, F. J. y REDONDO MARTÍNEZ, R.

(2012): “Un poblado de Cogotas I en la Tierra de Campos leonesa: Canto Blanco (Sahagún y Calzada del Coto, León)”, en Rodríguez Marcos y Fernández Manzano, 2012, pp. 523-539.

MAUREILLE, B. y SELIER, P.

(1996): “Dislocation en ordre paradoxal, momification et décomposition: observations et hypotheses”, *Bulletins et Mémoires de la Société d'Anthropologie de Paris*, n.s., 8 (3-4), pp. 313-327.

MISIEGO TEJEDA, J. C., MARTÍN CARBAJO, M. A., MARCOS CONTRERAS, G. J., SANZ GARCÍA, F. J. y OLLERO CUESTA, F. J.

(2012): “Enterramientos humanos de la Edad del Bronce en el yacimiento de Tordillos (Aldeaseca de la Frontera, Salamanca): ¿Un cementerio del horizonte Cogotas I?”, en Rodríguez Marcos y Fernández Manzano, 2012, pp. 409-434.

PALOMO-DÍEZ, S.

(2015): *Caracterización genética de las poblaciones de las Edades del Cobre y del Bronce de la Submeseta Norte de la Península Ibérica*. Tesis doctoral defendida en la Universidad Complutense de Madrid (disponible en <<https://eprints.ucm.es/34256/>>).

PALOMO-DÍEZ, S., BAEZA-RICHER, C., ESPARZA-ARROYO, A., VELASCO-VÁZQUEZ, J., GOMES, C., SÁNCHEZ-POLO, A., LÓPEZ-PARRA, A. M., BLANCO-GONZÁLEZ, A. y ARROYO-PARDO, E.

(2019): “Kinship analysis on skeletal ancient remains: The case of ‘El Cerro de La Horra’ (Burgos, Spain)”, *Forensic Science International: Genetics Supplement Series*, 7(1), pp. 279-281.

PRADA, M.<sup>a</sup> E.

(1999): “Estudio antropológico de los enterramientos de un yacimiento del Bronce Medio meseteño: ‘Las Vegas’, en Jabares de los Oteros (Cabrereros del Río, León)”, en J. Vidal (ed.), *Protección del patrimonio cultural y obras públicas. Actuaciones arqueológicas en la autopista del Camino de Santiago (1994-1997)*, León, Junta de Castilla y León, pp. 71-81.

RODRÍGUEZ MARCOS, J. A. y FERNÁNDEZ MANZANO, J. (eds.)

(2012): *Cogotas I: Una cultura de la Edad del Bronce en la Península Ibérica*, Valladolid, Universidad de Valladolid-Junta de Castilla y León.

RODRÍGUEZ MARCOS, J. A., MARCOS CONTRERAS, G. J., MARTÍN CARBAJO, M. A., MISIEGO TEJEDA, J. C. y SANZ GARCÍA, F. J.

(1999): “Excavaciones arqueológicas en ‘Las Vegas’ (Jabares de los Oteros), un yacimiento arqueológico del ‘Horizonte Protocogotas I’ en la provincia de León”, en J. Vidal (ed.), *Protección del patrimonio cultural y obras públicas. Actuaciones arqueológicas en la autopista del Camino de Santiago (1994-1997)*, León, Junta de Castilla y León, pp. 49-70.

SÁNCHEZ POLO, A.

(2012): “Depósitos de cerámicas, molinos y elementos de hoz: una propuesta de la Edad del Bronce del interior peninsular desde la arqueología posprocesual”, *Arkeogazte*, 2, pp. 73-93.

SÁNCHEZ-POLO, A. y BLANCO-GONZÁLEZ, A.

(2014): “Death, Relics, and the Demise of Huts: Patterns of Planned Abandonment in Middle BA Central Iberia”, *European Journal of Archaeology*, 17(1), pp. 4-26.

SEEMAN, E. R.

(2011): *The Huron-Wendat Feast of the Dead: Indian-European Encounters in Early North America*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.

SMITH, M.

(2006): “Bones chewed by canids as evidence for human excarnation: a British case study”, *Antiquity*, 80, pp. 671-685.

STRATO

(2009): *Trabajos arqueológicos anexos a las obras de construcción de plataforma del Corredor Norte-Noroeste de Alta Velocidad. Tramo: Palencia-León. Subtramo: Río Cea-Bercianos del Real Camino (León). Excavación en área en el yacimiento “Canto Blanco” (Calzada Del Coto / Sahagún, provincia de León)*, Informe inédito, depositado en el Servicio Territorial de Cultura de la Junta de Castilla y León.

THOMAS, L. V.

(1982): *La Mort africaine: idéologie funéraire en Afrique Noire*, Paris, Payot.

VELASCO VÁZQUEZ, J., ESPARZA ARROYO, Á. y ALBERTO BARROSO, V.

(2018): “A vueltas con la exposición de cadáveres en Cogotas I: La evidencia del Cerro de la Cabeza (Ávila)”, *BSAA arqueología*, LXXXIV, pp. 134-167.